

FUNDADO EN 1903 POR DON TORCUATO LUCA DE TENA

ABC

CON TODO EL TIEMPO EN LAS MANOS

POR FERNANDO GARCÍA DE CORTÁZAR

«Nuestro futuro está abierto. Es fruto de un aprendizaje y, sobre todo, territorio de una esperanza. Pero nuestra desorientación solo se resolverá si somos conscientes de lo que ha ocurrido: no ha sido consecuencia de una inevitable desgracia, sino resultado de nuestros actos»

ACABABA de iniciarse el otoño de 1940 cuando Walter Benjamin, ya abandonadas las esperanzas de que el nazismo fuera un episodio circunstancial, y fracasados sus esfuerzos de escapar a la Gestapo, decidió quitarse la vida en Port-Bou. Las pastillas de morfina que ingirió parecieron, en la trayectoria de un fabuloso constructor de símbolos, la imagen de esa mezcla de excitación estética y adormecimiento moral en el que se mecía el espíritu europeo en su hora más trágica. En los meses anteriores a su muerte, Benjamin había estado ocupado en unos trabajos sobre el concepto de la historia, publicados póstumamente, que han llegado a adquirir merecido prestigio, por la abrumadora inteligencia de esos breves fogonazos, capaces de iluminar el territorio oscuro y enmudecido de la terrible condición de hombre, la conciencia de un ser afirmado o negado por el tiempo.

Con interpretaciones diversas favorecidas por la formidable belleza de sus alusiones, esas últimas palabras de Benjamin resultan de utilidad para enfrentarnos a los momentos de desconcierto, a las fases de peregrinación por paisajes en ruinas, en los que las viejas certidumbres flanquean con sus edificios descompuestos las avenidas de nuestro interrogatorio. Repetimos que solo contemplamos la verdad de la historia en un momento de peligro. Reiteramos el minucioso comentario al cuadro de Klee, en el que el ángel contempla, aterrado, el desguace de un mundo al que desearía volver, mientras el viento del progreso le obliga a continuar caminando hacia el futuro. Y averiguamos esa fascinante concepción del tiempo de los judíos, en el que el pasado es conmemoración y el futuro un espacio incógnito que no debe ser analizado, que debe dejar sus puertas abiertas al infinito, porque en cualquier momento puede ser ocupado por la irrupción del Mesías.

Alejado de un significado que transcurre por la delgada línea roja de la ilusión revolucionaria, las palabras de Benjamin, por su calidad metafórica y por su deslumbrante atisbo de una crisis de civilización, me resultan indispensables para encarar todo este nuestro tiempo en el que solo parecemos caminar entre vestigios de un mundo irreparable y entre los vagos indicios de un futuro apenas perceptible. En este cruce entre dos épocas que ha trazado el enérgico punzón de la crisis, nos encontramos en una zona sin definición propia que solo sabe lo que ha dejado de ser y solo puede asomarse al futuro al convertir el pasado en experiencia, y no en riesgo de una perpetua reiteración de los errores cometidos.

Nos encontramos en un entreacto entre dos escenarios, en un entretiempos entre dos estaciones con sólida identidad. No habitamos ni un reino ni un exilio, sino la atroz provisionalidad de un interregno, de un trono vacante, de una herencia dis-



JAVIER MUÑOZ

putada. Quizá no sea el campo más propicio para el descanso psicológico o la pereza intelectual, pero lo es para afrontar un desafío que mida nuestra resolución, nuestra condición de seres libres y nuestro sentimiento de pertenencia a una comunidad que nos exige la conciencia profunda de ser parte de un proyecto nacional. En los momentos de incertidumbre, somos completamente dueños de nuestras decisiones, porque no nos vienen dadas por la simple inercia de los acontecimientos. El tiempo no está ahí, como trayecto obligado, como calle de dirección única y un solo punto de llegada. El tiempo está completamente en nuestras manos, como materia que cobrará forma a través de nuestras decisiones para configurar nuestro futuro.

El hombre que construye el porvenir es el hombre que rememora el pasado. No se es hombre sin la conciencia de una tradición colectiva, de una edad personal porque el análisis del futuro solo puede hacerse desde el punto al que hemos llegado. La crisis ilumina esos espacios que se han mantenido impunes durante el tiempo de la bonanza. Ante nuestra mirada se extienden los territorios farsantes, las actitudes irresponsables, la injuria a los derechos de la ciudadanía. Como compendio de nuestras desgracias, la burlesca frivolidad con que se ha manejado una preciosa herencia, que solo recibíamos para conservarla y mejorarla, nunca para empeñarla: una nación con atributos históricos, una España con conciencia de sí misma, con una desdramatizada voluntad de ser. Una comunidad soberana con un proyecto de bienestar social y un horizonte alineado en la difícil, exigente y merecida libertad. Hace ya cien años, cuando los españo-

les nos encontramos en un instante de peligro, nuestros regeneracionistas se expresaron de distinta forma, siempre con un afán de construir, sobre un pueblo desconcertado, una nación plasmada institucionalmente en sus estructuras políticas y afirmada en una sólida conciencia de esfuerzo común y de trayectoria compartida. Sabían muy bien que España era tanto un impulso hacia el porvenir como un respetuoso homenaje a nuestra historia.

Por el contrario, si repasamos el tiempo transcurrido desde la conquista de la democracia en España podremos ver cómo quienes tenían confiada la fervorosa tarea de asignarle a nuestra nación un mañana propio y mejor prefirieron someterse a la mezquindad tramposa de la ventaja inmediata, a la galería de halagos y demagogia, a la adquisición a bajo precio de la voluntad trastornada del localismo, a la tentación permanente del caciquismo y a la jactancia de las identidades territoriales. Cuando nos dimos cuenta, cuando la crisis rompió las costuras de un traje que no pudo soportar la obesidad de la corrupción, nuestra repentina desnudez nos mostró ese tiempo de aparente felicidad, que fue, en cambio, la época de una turbulencia nacional sin precedentes y sin equivalencia en Europa. La gestión del Estado de las autonomías nos había arrebatado algo más que el diseño institucional de una nación: nos había dejado sin el sentimiento de ser españoles. Nos había amputado los órganos indispensables para recuperar el rumbo en esta tormenta. La falta de grandeza en la política nos había hurtado un liderazgo como el que supo levantar el ánimo y el orgullo de las naciones europeas en 1945. Quienes, desde sus responsabilidades en el sindicalismo o en la dirección de la economía, debían haber consolidado nuestro derecho al bienestar habían levantado un espacio miope, en el que solo se alcanzaban a ver las ventajas próximas, dejando en una vaporosa y lejana mansedumbre la amenaza que se cierne sobre los edificios levantados con materiales de escasa calidad.

Nuestro futuro está abierto. Es fruto de un aprendizaje y, sobre todo, territorio de una esperanza. Pero nuestra desorientación solo se resolverá si somos conscientes de lo que ha ocurrido: no ha sido consecuencia de una inevitable desgracia, sino resultado de nuestros actos. No hemos luchado contra molinos ni contra la furia desatada de los elementos, sino contra nuestras propias carencias, contra nuestro débil civismo, contra nuestra dolorosa inmadurez. «El hoy es malo, pero el mañana es mío», dijo Machado hace cien años, cuando España afrontaba la necesidad de reconocerse como nación en marcha. Si el hoy es malo, el futuro solo será nuestro como reconocimiento de nuestra responsabilidad, como delación de nuestros errores, como acto de contrición y resuelta empuñadura de nuestra decisión de ser, de una vez por todas, ciudadanos de una nación que nos aguarda para realizarse desde hace ya demasiado tiempo.

FERNANDO GARCÍA DE CORTÁZAR.
DIRECTOR DE LA FUNDACIÓN DOS DE MAYO, NACIÓN
Y LIBERTAD